

— ¡Ah! la tercera, — dijo el chico palmoteando con alegría, — es la mejor de mis madres, la verdadera madre. Se llama Lucía, y está casada con mi padre. ¡Nos queremos mucho! Me cuida con el mayor esmero. ¡Cuánto ha llorado al separarse de mí por San Juan, después de la feria, cuando fui á acompañar por primera vez á mi padre por los caminos, y á ayudarle en su oficio!

— ¿Y en dónde está tu tercera madre?

— Allá abajo, muy lejos, al otro lado de estos montes, en un país que se llama el *Gros-Soyer*, en donde hay cinco casas, separadas las unas de las otras, que tienen cada una un jardín y un prado con nogales y hayas, sobresaliendo entre todos estos por lo hermosos, los nuestros.

— Pero el pueblo, ¿qué nombre tiene?

— ¡Ah! el pueblo se llama la parroquia, — dijo con seguridad el niño.

— ¿No sabes si se llama de otro modo?

— No, pero sé el camino: mirad, cuando ya se han atravesado esos montes, se tuerce á la izquierda, se sigue por el torrente durante una hora, y en seguida se cambia á la derecha y se sube, se sube; se sube por el camino de las cabras, llegando al ponerse el sol, á la casa de mi padre. Si Dios quiere y vos me dáis mañana antes de amanecer un pedazo de pan, estaré allí para la noche, tan pequeño como soy. Pero ¡Dios mio! qué pena voy á causar á mi madre, cuando le diga el motivo de volver yo solo, y que mi padre la envía á llamar para despedirse de ella antes de partir á un país del que no se vuelve nunca: nunca, nunca, — repitió el niño, dos ó tres veces con la mayor aflicción.

— ¡Oh! no irás solo, — dijo Genoveva besándole otra vez; — yo iré contigo, hijo mio, yo; ó sino, tú te quedarás en esta casa, y yo iré en lugar tuyo; voy á ponerme en camino al momento mientras tú duermes; preguntaré por dónde se va á *Gros-Soyer*, y mañana por la tarde tendrás aquí á tu madre Lucía, que conducirá á Voiron; y tal vez esa despedida que dices de tu padre, no se verificará, al menos para tanto tiempo como crees.

Esto dijo Genoveva, y en seguida comenzó á quitarse sus chanclas y á ponerse sus zapatos, con tal decisión, que me obligó á detenerla por un brazo.

CXL.

— No, Genoveva — le dije — vos no iréis, ni tampoco el niño. Voy á despertar á uno de vuestros vecinos, que conozca el país, le pagaré su jornal y el de su mula, para que vaya á buscar esa mujer á *Gros-Soyer*. La hará montar en su mula y estará aquí con ella mañana al anoecer. Entré tanto cuidado vos de que duerma el niño algunas horas, pues le tienen rendido el sueño y la fatiga. Al amanecer montareis los dos en mi caballo, que es muy manso, y al cual llevaré yo mismo de la brida. Bajaremos juntos á Voiron, el niño nos guiará á la casa en donde dejó enfermo á su padre, mandaré llamar á un médico, amigo mio; vos cuidareis al marido de Lucía con el mismo celo que lo haceis con tantos otros, después irá su mujer á proporcionarle un consuelo con la despedida, en el caso de que la muerte no tenga remedio, ó á recobrarle, si no ha llegado aún su última hora, y entonces podreis aclarar las dos ese misterio que el aspecto del niño ha dejado entrever á vuestro corazón. ¿Quién sabe, como decía Jocelyn, si el pájaro que cae del nido sobre el dintel de la puerta es muchas veces el mas afortunado de todos?

— Decis bien, señor — repuso Genoveva, dando á su fisonomía cierta espresion triste, como si la pesara de la exactitud de mi observacion, es decir, de tener que reprimir por veinte y cuatro horas mas el impaciente deseo que tenia de hablar con Lucía acerca de aquel niño que adoraba ya, y que temia perder de nuevo; — decis bien; voy á despertar al tío *Campanilla*. Le dan ese nombre por el collar de campanillas que pone al cuello de su mula y hace sonar desde lejos por encima de las nieves. Por casualidad llegó anteayer de *Gresivandan* y tendrá su mula descansada.

CXXI.

De allí á un rato, el niño estaba acostado y dormido, el tío *Campanilla* despierto, concluido el trato que yo hice con él para que fuese á *Gros-Soyer* en busca de *Lucía*, y aparejada la mula y con un almohadon de lana para que se sentase sobre él, á la vuelta la pobre mujer. No tardé en oír el sonido lejano de las campanillas de la mula por el lado de *Saboya*.

Me retiré á descansar por algunas horas. Por lo que hace á *Genoveva*, luchaba en su corazón tal conjunto de emociones, incertidumbre y esperanzas que no quiso salir de la cocina en donde dormía el niño, y se contentó con recostarse en el respaldo de su silla, con los ojos fijos en la cama en que aquel dormía, del mismo modo que si quisiera protegerle con la mirada é impedir que se realizaran sus temores de que desapareciese mientras descansaba. Estoy por decir, que contó todas las horas de aquella corta noche.

Cuando la luz del alba no permitía ver aun con claridad dibujadas las ramas de los abetos en el azul del cielo, *Genoveva*, que no se atrevía á despertarme, pero que lo estaba deseando, anduvo tanto, arriba y abajo por la casa, é hizo tal ruido, que llegué á comprender aquel llamamiento indirecto, y me levanté de la cama en que había dormido sin desnudarme. Fui á la cuadra y ensillé mi caballo; tomé una manta ordinaria y la estendí sobre la silla; hice montar á *Genoveva*, que colocó delante de sí al niño estrechándolo con sus brazos; cogí las bridas con la mano derecha, la escopeta con la izquierda y emprendimos la marcha así, hablando á ratos, y á ratos sin decir nada, hasta la puerta de *Voiron*, por donde entramos antes de mediodía.

CXXII.

El niño, que parecía haber conservado en la memoria todas las piedras del camino y de todas las puertas, nos guió hasta una

miserable posada del arrabal de *Lyon*. Entramos en un patio lleno de equipajes, de perros atados á los carros, de caballos que sacaban á dar agua, y de todo el tumulto de un patio de meson; desde donde se oían chocar los vasos en los cuartos del piso bajo y los cínicos juramentos de los carreteros. Por supuesto que el niño no se separaba de nosotros; pero al llegar á un rincón del patio, del que partía una especie de escalera de madera sucia y carcomida, que conducía á las habitaciones interiores, se detuvo. Y aunque parecía estar muy impaciente por volver á ver á su padre, no pasó del primer escalon, hasta que acercándose con aire de misterio, que contrastaba con la graciosa candidez de su rostro, le dijo por lo bajo á *Genoveva*:

— Señorita, no digais una palabra delante de mi padre de lo que os he contado de mi primera, segunda y tercera madre; *Lucía* me lo prohíbe. Me ha asegurado que me pondría en la calle si alguna vez dijese algo de esto á su marido, quien debe ignorar que tengo varias madres. Dice que si lo supiera se incomodaría hasta ponerse hecho una furia.

Genoveva y yo cambiamos una mirada de inteligencia y de asombro, cuando nos apereibimos de la precaucion de *Lucía* y de la prudencia de *Joaquín*, al que prometimos guardar los secretos sorprendidos á su inocencia el día antes, subiendo en seguida la escalera.

CXXIII.

Cuando estuvimos arriba nos encontramos con una especie de pajar construido de tablas de abeto mal unidas y con una habitación grande, en la que había cinco ó seis tablados de cama, con sus correspondientes jergones y algunas sillas. Aquel cuarto no tenía otra ventilación que la que le proporcionaba su puerta, lo cual unido á los vapores de la cuadra, que estaba debajo, le ponían á una temperatura sumamente elevada. Un farolillo colgado del techo por una cuerda, y dentro del cual ardía un pedazo de vela de sebo, prestaba luz á las camas, entre las cuales solo estaba ocupa-

da la última. Debajo de la manta de esta se notaban, á favor de dicha luz, las formas de un cuerpo, y sobre la almohada la cabeza pálida del pobre enfermo.

— ¡Soy yo, padre! — gritó el niño corriendo hácia la cama, y echando sus bracitos al cuello del moribundo.

— ¡Ah! eres tú, — respondió este con voz apagada, que parecía salir de lo profundo de un letargo, — ¿y en dónde está Lucía? ¿No acertaste otra vez con el camino?

— Lucía vendrá mañana montada en una mula, y acompañada de un hombre de Valneige que ha ido á buscarla, enviado por un señor y una señorita, que son muy buenos para los pobres, y que me han traído en un buen caballo á Voiron para cuidarte.

Entonces refirió el niño en pocas palabras, lo que le había ocurrido en el hospital de Valneige el día y la noche anteriores; pero callándose lo del descubrimiento de su pelo y efecto que produjo su semejanza con la hermana de la criada. Luego hizo señas á Genoveva y á mí para que nos acercásemos á la cama, y dijo á su padre:

— Estos son la señorita y el señor.

El enfermo procuró incorporarse apoyándose en su débil codo, y se deshizo en cumplimientos y agasajos, por las bondades de que usaban con su hijo, con su mujer, y con un pobre como él, unas personas que no le conocían. En cuanto á nosotros, le prohibimos que hablase de gratitud hasta que estuviese curado; y Genoveva, despues de lavar y refrescar al niño, se puso á barrer y fregar el suelo, á encender lumbre en un hornillo para calentar las medicinas, á mudar los paños impregnados de sudor del enfermo, con mano tan ligera y ejercitada, que casi no advirtió este que le habian tocado; ayudándola en todo el niño, con un celo y una inteligencia superiores á su edad. Por mi parte, bajé al piso inferior del meson, pagué al posadero el alquiler de todas las camas que tenia en el pajar, con objeto de que no admitiese á nadie mas en él hasta la curacion ó la muerte del enfermo; é hice creer que aquel hombre pertenecía á mi familia, como uno de sus criados,

en razon de lo que me tomaba por él un interes particular. Mas, persuadido de que esto no bastaba, di una gratificacion al mozo de la cuadra, para que evitase todo lo posible las riñas y los alborotos junto á la escalera, y fui á buscar en persona, al jóven médico, compañero mio de colegio, hombre excelente, que empleaba su corazon, todavia mas que su ciencia, en el desempeño de su profesion. Por esto precisamente confiaba mas en él; pues la medicina, á mi juicio, supone mas bien una intencion que un arte de curar. La ciencia del médico no consta mas que de axiomas, mientras su corazon tiene adivinaciones. El deseo de curar, es por sí solo un poder que cura. El médico debe ser bondadoso; esto constituye la mitad de su génio.

Encontré á mi amigo cuando salia del hospital de hacer su visita: quien informado de todo me siguió á la posada y examinó el pulso del enfermo. Al pronto y delante de este, dió cierto aire de satisfaccion y confianza á sus palabras y á su fisonomia, pues le constaba que la esperanza es una gran fuerza vital, y que importa mucho dar alientos á la vida, principalmente cuando lucha con la muerte. Mandó tambien á Genoveva, á quien conocia, que dispusiera medicinas simples, dulces y cordiales, segun convienen á esas naturalezas, en las cuales las enfermedades tienen un carácter tan sencillo como las profesiones.

Pero tranquilizado ya el paciente sobre su estado, y despues de consolar al niño, que miraba el rostro del médico como mirarian los ángeles el de un profeta, nos llamó mi amigo á la escalera, y nos dijo con cierta duda é inquietud á Genoveva y á mí:

— Tiene una pleuresía en su quinto dia; el noveno será la crisis. El caso es de gravedad, pero no desesperado. Que beba mucho, que sude, y la tranquilidad de espíritu es cuanto principalmente le conviene. Vendré todos los dias diferentes veces para dirigir á Genoveva, que puede hacer mas que yo. Soy únicamente el ojo que ve el mal, mientras ella es la mano que le toca y le combate á cada momento.

Genoveva fué á ocupar otra vez su sitio al lado de la cama, y

el muchacho se puso á limpiar las herramientas de su padre, y á colocarlas en órden al pié de la escalera, yendo y viniendo sin cesar de donde tenia su tarea á donde estaba Genoveva, y de donde estaba Genoveva á donde tenia su tarea, con los piés descalzos para no hacer ruido. Por lo que toca á mí, alquilé un cuarto en frente de la escalera; desde cuya ventana veia todo lo que Genoveva y el niño hacian en la escalera de la cuadra. Todas las veces que la pobre mujer salia para respirar el aire, ó para ir á buscar cualquier cosa á la cocina de la posada, ponía su mano sobre la rubia cabellera de aquel hermoso niño, la entrelazaba como si fuera de seda entre sus dedos, se entretenia en mirarlos cómo relucian al sol, y le daba besos en la frente á hurtadillas, creyendo que nadie se apercibia de ello.

CXLIV. — Nuestra única esperanza estriba en un milagro, — me dijo al bajar por la escalera, — y estos no los repite frecuentemente la naturaleza; si no le encuentro mas aliviado esta tarde, será forzoso advertir á este pobre hombre, que es tiempo de que se disponga para el último trance.

Seguí algunos pasos con mi amigo por la calle, despues de los cuales volví afligido con el pronóstico del médico, pensando en Genoveva y en el niño.

Mas en el momento de volver á entrar en el patio de la posada, oí detras de mí los cascabeles de una mula de las montañas. Volví la cabeza y me encontré con un viejo, firme todavía, que llevaba un grueso palo en la mano, y que conducia por la brida una mula, sobre cuyo albardon venia sentada una jóven montañesa como de veinte y seis años. Genoveva habia conocido antes que yo el sonido de los cascabeles y al tío *Campanilla*; así es que, bajaba ya por la

escalera con el niño. Este, que venia delante y habia visto á su madre, se arrojó en los brazos de la jóven montañesa, llorando amargamente, mientras Genoveva se quedó saludando al viejo.

CXLV. — Aquella jóven podia tomarse por una encantadora cabeza de Greuze, del pintor que nacido bajo la cabaña ha llegado á comprender mejor, despues de Rafael, la Venus rústica, la belleza campestre, la sencillez, la gracia y el candor de las jóvenes y de los niños de la choza. El hermano de Greuze era párroco de una de las tierras de mi abuelo; cuando el Rafael de los campesinos iba á pasar los dias de verano en compañía de su familia, el párroco conducia al pintor al palacio. Jamas se volvia á marchar sin dejar algun boceto de su pincel á mi abuelo; una figura, una cabeza, una escena de costumbres trazada sobre un pedazo de lienzo. Cuando ya se habia ido Greuze, se ponian marcos á aquellos caprichos, productos de su genio. Pues estos lienzos fueron los primeros cuadros sobre los que se fijaron mis miradas de niño; en ellos creo que adquirí el sentimiento de la belleza campesina, belleza grata á la vista, que no deslumbra, pero enternece, y cuya espresion uniforme y pacífica, recuerda la penetrante melancolía de esas notas sencillas, que las flautas de los pastores hacen resonar siempre de un mismo modo en lo interior de nuestros bosques.

CXLVI. — Esta era la belleza de Lucia. Sus facciones denotaban la tranquilidad de su alma, viéndose claramente que la pasion no habia alterado nunca sus líneas; su boca, aun en medio de la inquietud y del disgusto que hacian palidecer y temblar sus labios, no perdía ese pliegue de ternura, y esa sonrisa vaga de bondad que está, por decirlo así, esculpida en las bocas siempre entreabiertas de las jóvenes del campo. Hermosos dientes, pequeños é iguales como los de

una oveja, relucían detras de sus lábios. Un sombrero redondo, de forma aplastada y con anchas alas, ribeteadas de una cinta de hilo negro, cubria su cofia blanca, debajo de la cual se veian aparecer algunos rizos de pelo negro. Finalmente, una pañoleta de lana encarnada, doblada sobre su pecho, un vestido de lana verde, muy corto, medias grises y grandes zapatos, componian todo su traje.

CXLVII.

En seguida que besó al niño, levantándolo con sus dos robustos brazos hasta la altura de su cara, con la misma agilidad que si hubiese sido una criatura de diez y ocho meses, subió la escalera, llevándole colgado al cuello. Aquel le señaló la puerta y después la cama, á la que se acercó Lucia de puntillas, cayendo de rodillas al lado, rodeando el cuerpo del enfermo con su brazo derecho, é imprimiendo multitud de besos en su frente, sin dejar por eso de estrechar al pobre muchacho con su brazo izquierdo. Genoveva y yo, que la habíamos seguido sin que reparase en nosotros, presenciábamos conmovidos y en silencio aquella desgarradora escena.

— ¡Oh! Juan mio, — dijo ella, — ¿me conoces?

Por toda respuesta apretó el enfermo la mano de Lucia, con las fuerzas que le quedaban, y volvió hácia ella los ojos. En seguida dejó correr dos gruesas lágrimas, que su mujer enjugó con sus dedos, besando luego aquella espresiva manifestacion de la ternura del moribundo.

— ¡Ah, me conoces! Pues no hay cuidado, no te dejaré morir, una vez que tu corazon habla todavía en tí por mí; porque ¿qué seria de mí sin tí, de mí que no tengo padre, ni madre, ni hermano en el mundo? ¿Y quien partiria la leña? ¿Y quien regaria la yerba? ¿Y quien trabajaria en invierno para traer pan por el verano y dinero á casa? ¿Y quien educaria al niño y le enseñaria el oficio? ¿Y quien querria tanto á la pobre Lucia?

En una palabra, esta le fué manifestando una por una todas las razones, en virtud de las cuales no se debía morir, como si

creyese que esto era un acto voluntario por parte del enfermo, ó efecto de su amilanamiento, ó tambien que su enfermedad era un capricho, del que se le podia hacer desistir con buenas razones.

Mas el pobre enfermo, que habia vuelto un instante de su letargo, impresionado, sin duda, por el metal de voz y los abrazos de su mujer, no la oia ya. Sus ojos se habian cerrado, su pecho respiraba con dificultad, sus palabras inarticuladas anunciaban sus últimos delirios. Y entre tanto Lucia ocultaba la cara debajo de la manta, no levantándola para mirarle sino de cuando en cuando. El niño hacia por consolar á su madre hablándola de Genoveva, cuyos cuidados habian hecho vivir al enfermo hasta entonces, del médico que iba á visitarle dos y tres veces cada dia, como si fuese *algún señor*, y hasta de mí que los habia llevado á Genoveva y á él en mi caballo, conduciendo este de la brida, y que les proveia de cuanto era necesario en la casa.

CXLVIII.

Lo que la contó el niño fué causa de que renacieran, al menos momentáneamente, la esperanza y el valor en el corazon de aquella pobre mujer. Entonces advirtió que no eran su hijo y el enfermo los únicos que estaban con ella en la habitacion, acercándose en seguida con timidez á Genoveva, de cuyo nombre y carácter la habia informado perfectamente el tio *Campanilla*, con la relacion que la hizo en el camino de los servicios y la bondad de la criada enfermera.

— Os lo agradezco extraordinariamente, — la dijo, cogiéndola de la mano. — Dicen que habeis ocupado mi puesto al lado de mi pobre Juan con tanto celo, que si se pone bueno en esta ocasion, á nadie mas que á vos debere su salud en este mundo. ¿Cómo podré espresaros yo nunca, mi gratitud, señorita? ¡Ah! no tengo cosa alguna que daros.

— ¿Quién sabe? pobre mujer, — contestó Genoveva. — ¡Acaso si Dios saca con bien de este mal á vuestro marido, tendreis que

darme alguna cosa que vale tanto como lo que yo os doy!

Se refería al niño, cuando decía esto; pero Lucía no entendía una palabra.

—Y vos, señor,—añadió esta dirigiéndose á mí,—¿con qué podré pagaros nunca la gran bondad de que habeis usado para con unos pobres como nosotros?

—El corazón es la moneda de los que carecen de otra,—le dije con una sonrisa de ternura, que me sirvió para disimular mi zozobra por el estado de su marido,—y es la mejor, segun dice el Evangelio. Mi mayor recompensa, por lo que he hecho, bajando de la montaña y perdiendo algunos dias en Voiron, estriba en que Dios os vuelva vuestro marido.

CXLIX

Pero ¡ah! La Providencia parecia hacerse sorda á los ruegos de los que la pedíamos el restablecimiento de Juan. Este se hallaba ya agonizando el dia noveno; por lo que se llamó á un sacerdote que bendijera su despedida de la tierra. En cuanto al médico, habia apurado ya los recursos de la ciencia, y viendo que todo era inútil, se acercó á Genoveva y á Lucía, que lloraban lo mismo una que otra á los piés de la cama, esta por su marido y aquella por Lucía, á la que iba cobrando el mismo afecto que á una hermana.

—Es preciso que este hombre envíe á llamar al escribano,—dijo en voz baja á las mujeres;—si no sabe escribir no es probable que se haya ocupado nunca de su testamento, pero ahora no puede prescindir de hacer su última disposicion.

Los bienes de Juan consistian, ademas de su oficio y de sus herramientas, en esos otros que poseen la mayor parte de los montañeses, y son: su cabaña, su huerta y uno ó dos praditos; solo que como era tan jóven, no habia pensado en testar de ellos nunca; ademas, pensaba que aquel pequeño patrimonio pasaria naturalmente á su mujer. Así es que, tan pronto como el médico le hi-

zo comprender que su pobre Lucía quedaria quizá á merced de una nuera, dentro de su misma casa, consintió en que se llamase á un escribano y á los testigos, para hacer la distribucion de bienes entre su mujer y su hijo. Yo fui uno de los que se buscaron para dar fe de aquel acto supremo que establece una relacion íntima entre el muerto y los que le sobreviven, en virtud de la herencia.

La casa del escribano distaba dos pasos del meson. Juan habia recobrado toda la lucidez de su inteligencia, que es lo que sucede por lo comun, á la hora de la muerte.

CL

El moribundo dictó en voz alta, y el escribano estampó en un papel el testamento que sigue:

«Lego el usufructo de mis bienes en Gros-Soyer, á mi mujer Lucía, y la propiedad despues de su muerte á mi hijo.»

—¿Nada mas?—preguntó el escribano al testador.

—Nada mas. Por lo mismo que mi mujer es tan buena madre, cuidará mientras viva de mi hijo y de todo lo que le pertenece, encontrando este todo lo que dejo cuando muera aquella. ¿No te parece bien, Lucía?

La jóven no respondió, antes por el contrario, volviéndose repentinamente á la pared, hizo un gesto de desesperacion, tan opuesto á la dulzura habitual de su carácter, y á la tranquilidad melancólica de su actitud, que no supe cómo esplicármelo. Verdad es que, desde el punto en que se nombró al escribano y al testamento, y sobre todo cuando entraron el funcionario público y los testigos en el cuarto, Lucía no pudo ocultar cierta agitacion que no solo revelaba el dolor, mas tambien la angustia y la convulsion del alma.

—Pues entonces, solo falta firmar, señores,—dijo el escribano, que habia revestido ya aquel corto testamento de las formalidades de costumbre.

Yo fui el que se adelantó á los demas; todos los cuales guarda-